

PLEBISCITO: UN PRIMER PASO HACIA LA REDEMOCRATIZACION

(INFORME DE LA COMISION INTERNACIONAL DE LA
LATIN AMERICAN STUDIES ASSOCIATION, LASA)

El documento que publicamos en estas páginas corresponde a una traducción del informe de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, LASA, presentado meses después de realizado en nuestro país el plebiscito del 5 de octubre de 1988.

Tal como se señala en los primeros párrafos, dicho organismo mantuvo durante los días del plebiscito observadores especiales que recorrieron diversos puntos de Chile, se entrevistaron con numerosos representantes políticos, y finalmente emitieron el siguiente informe, del cual hemos extractado aquellos aspectos más generales sobre las razones del llamado a plebiscito, además de otras materias que son de amplio conocimiento en nuestro país.

El informe concluye planteando algunas proyecciones sobre el futuro político de Chile; el papel de los militares; el tema de la transición; así como variados puntos relacionados con la Constitución de 1980.

El 5 de octubre de 1988, día del plebiscito en Chile, fue una fecha extraordinaria en la vida de esta nación. El 90% de los votantes inscritos o bien de la población apta para votar se dirigió a sufragar, siendo el porcentaje más alto en la historia del país. Los miembros de la delegación de la LASA se desplegaron por Santiago, otro de sus miembros fue al puerto de Valparaíso y algunos se dirigieron a las capitales de provincia y ciudades rurales para observar la votación. Desde el Instituto Nacional hasta donde llegó a votar el Presidente Augusto Pinochet recibiendo una discreta bienvenida de parte de las largas filas de hombres que esperaban su turno, hasta el barrio obrero de San Miguel y las poblaciones de San Ramón, miles de chilenos pacientemente esperaban para marcar su preferencia. Debido a que muchos votantes prefirieron hacerlo temprano, las filas eran largas y mucha gente estuvo de pie por tres o más horas a pleno sol. Los votantes esperaron de buena gana sin inci-

dentes, discutiendo ocasionalmente de buen humor las alternativas políticas que enfrentaban los chilenos.

En la tarde, los líderes de la oposición se preocuparon porque la votación se estaba desarrollando en forma demasiado lenta. Temían que muchos votantes se cansaran y se marcharan a sus casas o encontrarán el local cerrado en el momento en que les correspondiera su turno. La lentitud con que las mesas se abrieron y comenzaron su trabajo se debía en gran parte a la inexperiencia de muchos de los vocales después de quince años sin elecciones auténticas y a las complicadas instrucciones que tenían que seguir. No obstante, Juan Ignacio García, a la cabeza del servicio electoral, había garantizado a los líderes de la oposición que su oficina se encargaría de que el proceso de votación se agilizará.

Sin embargo, no había ninguna prueba de que las autoridades militares estuvieran tratando de retardar u obstaculizar el proceso de votación en los barrios populares. De hecho, los comandantes militares de los distintos servicios eran muy amables con los votantes y estaban deseosos de asegurar un proceso legítimo e imparcial. En uno de los locales de votación, en San Joaquín, por ejemplo, el joven oficial de paracaidismo a cargo, había considerado cualquier eventualidad, desde tener ambulancias estacionadas afuera en caso de que alguien sufriera un ataque cardíaco, hasta un elaborado plan de evacuación en caso de terremoto. Por último, tanto a los observadores extranjeros como a los nacionales se les habían permitido vigilar los procedimientos sin obstáculos.

Menos complacientes que la mayoría de las autoridades militares eran algunos oficiales y partidos en las zonas rurales alejadas. Por ejemplo, algunos partidarios del Sí arrendaron todos los buses y negaron transporte a la gente de las comunidades que se identificaba con el No. En unos pocos casos, a las personas se les negó el derecho a sufragar, puesto que sus nombres habían sido eliminados de los registros electorales porque estaban sujetos a proceso por ofensas contra el estado. En algunas localidades, la policía había requisado las cédulas de identidad a individuos que abiertamente apoyaban la campaña del No, imposibilitándolos para votar. Las autoridades se comprometieron a garantizar un proceso electoral limpio y justo. En muchos locales de votación, incluso, los votantes abrazaron a los soldados y oficiales, agradeciéndoles por haberles proporcionado una votación pacífica.

Ya a las cinco de la tarde algunas mesas cerraron y comenzó el recuento. A los votantes y observadores interesados se les permitió presenciarlo. El cómputo tomó cerca de dos horas en cada mesa, ya que los vocales contaron todas las firmas, los talones de los votos y las cédulas electorales. Además el presidente y el secretario de cada mesa firmaron todas las cédulas antes de que fueran abiertas. El presidente leía los resultados de la votación en voz alta después que el secretario abría cada voto. Los apoderados del candidato y los partidos de oposición escrutaron cuidadosamente

cada voto. A veces la gente alrededor de la mesa intervenía para discutir en contra del cuestionamiento de la validez de un voto, como por ejemplo, en el caso de un votante que hubiera marcado una x sobre su preferencia, en lugar de una simple línea vertical.

Sin embargo, a través del país el cómputo continuó sin incidentes serios y tanto los ciudadanos como los oficiales se trataron mutuamente con respeto y civilidad. Cuando terminó el recuento, los votos Sí, No, blancos y nulos se depositaron en sobres y se sellaron con lacre, al igual que los talones. Cada apoderado recibió un formulario oficial firmado por el presidente y el secretario de la mesa certificando los resultados. Los apoderados de la oposición rápidamente enviaron su información a Santiago para que fuera registrada en los computadores del Comando por el No. Muchos partidarios del Sí y del No irradiaban orgullo cívico en el pacífico proceso electoral, concluyendo que "Chile fue el ganador". Cuando la delegación LASA preguntó a un representante del Sí acerca de cómo se sentía por haber perdido en su mesa, éste respondió: "Siento que es un gran día para Chile". Ese sentimiento compartido por recuperar la herencia democrática del país contribuyó a mantener unida a la nación en las siguientes horas de tensión.

LOS PRIMEROS RESULTADOS

Poco después de cerradas las urnas se hizo evidente para los líderes de la oposición que el No estaba ganando. El Comité de Elecciones Libres (CEL) preocupado de que esa falsa información no se difundiera, había acordado no entregar un cómputo preliminar hasta que tuviera información de por lo menos 600 mesas y sólo después de que hubiera informado a la campaña del Sí de sus resultados. De igual forma, los miembros de la campaña del No estaban preocupados de no crear falsas expectativas, por lo que acordó no emitir resultados hasta el anochecer. Sin embargo, las emisoras radiales que apoyaban tanto al gobierno como a la oposición comenzaron a difundir resultados parciales de los locales de votación a lo largo del país, subrayando el hecho de que esos registros no representaban ninguna tendencia en particular. La televisión, controlada casi por completo por las autoridades, dio una impresión definitivamente distinta, transmitiendo a los televidentes la certeza de una victoria para el Sí.

La estrategia de la oposición de esperar hasta que surgieran resultados definitivos, se alteró cuando el Subsecretario del Interior, Alberto Cardemil, apareció a las 7.30 P.M., una hora y media después de lo que se suponía que entregaría resultados preliminares. Informó sólo de 79 mesas (0,36 por ciento del total) que favorecían al Sí. En ese momento, la oposición ya había contado más de medio millón de votos que mostraban una clara tendencia hacia el No. Cardemil señaló que tendría más resultados dentro de

una hora, pero transcurrió este tiempo y no entregó ninguno. En vista de que las autoridades se negaban a emitir resultados, la oposición decidió difundir sus propias cifras a las nueve de la noche. Sergio Molina, del CEL, también emitió su cómputo con 735 mesas registradas, después de tratar de contactarse sin éxito por teléfono con la campaña del Sí. Ese escrutinio favorecía al No y si se le considera en retrospectiva, resultó estar muy cerca del resultado final. Sin embargo, la televisión se negaba a difundir cifras favorables a la oposición. De hecho, el Secretario General de Gobierno Orlando Poblete, llamó a los canales para advertirles que difundir cualquier noticia con respecto a la oposición tendría las "más graves" consecuencias.

Cuando Cardemil apareció en televisión a las diez de la noche para anunciar que en 677 mesas el Sí aún estaba ganando y la televisión nacional comenzó a exhibir repeticiones de comedias norteamericanas, el nivel de tensión aumentó en las sedes de la oposición. Los dirigentes del Partido Renovación Nacional, el cual apoyaba el Sí, también se molestaron con lo que ellos percibieron como un intento de los círculos de gobierno de provocar cierta clase de incidente. Algunos de ellos creían que el gobierno se había sorprendido con los resultados y buscaba alguna salida sin reconocer abiertamente la victoria del No. Los líderes de Renovación Nacional se contactaron directamente con el Ministerio del Interior para advertirles que no cometieran ninguna "estupidez".

Algunos funcionarios de gobierno, encabezados por el Ministro del Interior Sergio Fernández, en realidad estaban considerando emitir una declaración alrededor de la medianoche en la que afirmarían que el Sí estaba ganando sobre la base de más de un millón de votos computados. Puesto que sabían que en verdad el No estaba a la cabeza, ese plan requería la selección cuidadosa de locales reales de votación para obtener los resultados deseados, una tarea muy difícil, dado que ya existía una tendencia abrumadora en favor del No. El plan también contemplaba llamar a los partidarios del Sí a reunirse en el centro de Santiago para celebrar su "victoria". Lo que hacía ese escenario especialmente siniestro era que algunos funcionarios de gobierno consideraban ordenar el retiro simultáneo de la policía y las tropas que habían acordonado el centro de Santiago. El retiro de las fuerzas armadas no sólo habría permitido a los partidarios del Sí congregarse en el centro, sino que también aumentaría el riesgo de un choque peligroso entre los partidarios de ambos lados, si los partidarios del No se hubieran precipitado allí a defender su "victoria". Entonces las autoridades habrían declarado el estado de sitio y puesto en práctica planes de contingencia militar para manejar el desorden y la violencia. Esto le daría al gobierno de Pinochet la ventaja y una excusa para acusar a los elementos de la oposición de provocar los incidentes y no reconocer la imparcialidad del cómputo. También hubiere permitido una suspensión del recuento de votos; o bien, si el

desorden se expandía, la suspensión del plebiscito. En el peor de los casos, la política de no entregar los resultados sólo aumentaba la tensión en el país y la posibilidad de confrontación.¹

Los dirigentes políticos de la derecha y otros miembros de la Junta estaban más dispuestos a aceptar el recuento de la oposición que los resultados emitidos por las autoridades de gobierno, y manifestaban la voluntad de garantizar un proceso electoral legítimo. Renovación Nacional mantuvo contacto con la oposición así como con el gobierno y tuvo acceso al cómputo del Comité de Elecciones Libres. Los resultados de la oposición también fueron llevados a los Generales Fernando Matthei, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea y Rodolfo Stange, Director General de Carabineros. Además estos dos miembros de la Junta de Gobierno obtuvieron información de sus propias instituciones, las cuales confirmaban los resultados de la oposición. Por su parte, Sergio Onofre Jarpa, Presidente de Renovación Nacional, apareció a medianoche en televisión, junto con Patricio Aylwin, Presidente del Partido Demócrata Cristiano, para participar en un programa de conversación que se había planificado para mucho más temprano. El líder de la derecha chilena estaba preparado para aceptar la derrota del Sí y señaló que tenía la impresión de que "había una tendencia mayoritaria en favor del No". Su declaración causó un impacto extraordinario, calmó la tensión en los cuarteles generales del No y tranquilizó a la audiencia de todo el país, la cual no podía comprender por qué las radios de oposición constantemente estaban difundiendo cifras a pesar de que las autoridades permanecían en silencio.

Más importante aun para dar confianza a una nación inquieta, fue la declaración que seguía la misma línea emitida por el General Matthei a la una de la madrugada. Iba camino al palacio presidencial para reunirse con el General Pinochet y los otros miembros de la Junta, lo que según estaba programado harían a las nueve y media. Al igual que algunos dirigentes de la derecha, los Generales Matthei y Stange no habían podido llegar al Ministerio del Interior ni al Palacio de la Moneda para averiguar qué estaba sucediendo. Su molestia era evidente cuando llegaron al palacio y fueron recibidos por un Pinochet indignado, pero se negaron a firmar un decreto que el Ministro del Interior Fernández había preparado, en el que se le otorgaban al General Pinochet amplios poderes de estado de emergencia. Según algunos informes, también intercambiaron duras palabras con el ministro cuando trató de discutir que el Sí realmente había ganado, porque Pinochet obtuvo un

¹ Renato Gazmuri, dirigente de Renovación Nacional, causó sensación cuando aceptaba estas informaciones y observó en un foro público que "las cabezas calientes que rodean al Presidente" habían tratado de "provocar una grave confrontación que habría originado la intervención militar... [Y] de prolongar el gobierno más allá de los resultados del plebiscito". Véase *Las Últimas Noticias*, 10 de noviembre de 1988, p. 7. Véase también *La Epoca*, 10 de noviembre de 1988, p. 10.

voto extraordinario para alguien que ha estado en el poder durante quince años. En un molesto intercambio de palabras con Pinochet y el ministro, los tres miembros de la Junta (incluido el Almirante José Toribio Merino) dejaron claro que no quedaba más que reconocer la derrota y apegarse estrictamente a la constitución.

No sólo los líderes de Renovación Nacional y los otros miembros de la Junta contribuyeron a disipar la tensión y disuadir a los funcionarios de gobierno de cualquier intento desesperado de último minuto por evitar una pérdida catastrófica. El General Jorge Zincke, comandante de la guarnición de Santiago, se había negado a aceptar el requerimiento de que las fuerzas de seguridad fueran retiradas del centro de Santiago. A las dos de la madrugada, Cardemil reconoció que el No había ganado. Los líderes de la oposición de la atestada sala de prensa de la campaña del No se abrazaron y lloraron abiertamente frente a las cámaras del mundo.

En el análisis final, las razones más importantes para la ausencia de enfrentamientos o incidentes la noche del plebiscito fueron la madurez y el buen sentido de los ciudadanos comunes que acataron las instrucciones del comando del No y permanecieron en sus casas. La disposición del Partido Comunista para seguir las órdenes del Comando por el No y de abstenerse de celebrar la victoria, fue decisiva. La gran mayoría de los chilenos esperó pacientemente hasta el día siguiente o hasta la concentración masiva del Parque O'Higgins del viernes 7 de octubre, para celebrar lo que muchos habían pensado imposible sólo unas semanas antes: la derrota en su propio juego del dictador de setenta y dos años quien se jactaba de haber superado toda prueba anterior.

COMPUTOS Y REACCIONES

Los resultados del plebiscito fueron muy positivos para la oposición. El No obtuvo 840.000 votos más que el Sí. Un total de 3.967.579 personas votaron por el No y 3.119.110, por Sí, dándole al No el 54,71 por ciento de votos frente a un 43,01 por ciento para el Sí. El No ganó en diez de las doce regiones del país. El mayor porcentaje para el No se registró en la Segunda Región, en Antofagasta, con un 58,8 para esa opción.

En términos generales, el Sí ganó en las zonas rurales, pero no por un margen tan grande como muchos observadores esperaban. Asimismo, venció al No en ciudades pequeñas, también por un margen muy pequeño. En áreas de altos índices socioeconómicos, el Sí resultó con un 56 a un 42 por ciento, mientras que en las áreas de bajos ingresos, el No ganó por un 63 a un 34 por ciento.²

² Los totales son resultados oficiales emitidos por el Servicio Electoral. Las derrotas de las regiones y las ciudades pequeñas fueron obtenidas de la muestra de los locales de votación emitida por el Comité de Elecciones Libres.

Las mujeres, a pesar de su tradición de votar en forma más conservadora que los hombres, proporcionaron un apoyo mayoritario al No: el 51 por ciento de las mujeres apoyó a la oposición, con sólo un 46 por ciento que votó por el Sí. En forma más predecible, el 58 por ciento de los votantes varones votó por el No, con un 40 por ciento que votó para mantener a Pinochet. En las grandes ciudades, como Santiago, Concepción y Valparaíso, votaron más mujeres que hombres por el No.

A esta sazón, las mejores fuentes de las fallas restantes de la votación son las encuestas efectuadas poco antes del plebiscito.³ Estas habían indicado que los votantes más posibles del Sí serían las personas de más de sesenta años con un bajo nivel de educación, las dueñas de casa, los habitantes de las zonas rurales, los grupos de altos ingresos y los partidarios de la política derechista. Los votantes menos probables del Sí eran los hombres, la gente joven con un alto nivel de educación, los desempleados y los trabajadores de bajos ingresos, los estudiantes y los partidarios de políticas de centro o de izquierda. Aunque cerca de un tercio de los votantes de ambos lados se consideraba independiente, la ideología parece haber estado estrechamente ligada a la elección del voto. En una de las encuestas, el 67 por ciento de los votantes firmes del Sí (27% del total) se identificaba como de derecha (52%) o de centro (15%). En contraste, el 65 por ciento de los votantes firmes del No (45% del total) se consideraban izquierdistas (39%) o de centro (26%). Un amplio 77 por ciento de los votantes del Sí

³ Varias organizaciones e instituciones de investigación efectuaron encuestas de opinión pública en los meses anteriores al plebiscito. Entre los que se identifican con la oposición están FLACSO, CERC, ILET y CIS. Entre los que se identifican con el gobierno están GALLUP, SKOPUS, CEP y la Universidad de Chile. En términos generales, las encuestas pro-régimen arrojaron resultados favorables al gobierno y los anti-régimen, indicaron resultados favorables a la oposición. Sin embargo, con la excepción de la encuesta CEP, las encuestas efectuadas por las organizaciones de investigación de oposición parecieron mucho más confiables y serias. FLACSO emprendió la mejor encuesta hasta abril de 1988. Particularmente valiosa fue una encuesta regional, *Concepción 88: una encuesta regional*, realizada por FLACSO en cooperación con varios otros centros de investigación. CERC efectuó algunas encuestas valiosas a nivel nacional hasta noviembre, a pesar de que la encuesta CERC tendía a subestimar el voto Sí. La encuesta más valiosa bien podría ser la efectuada por CEP la segunda quincena de septiembre. Los datos representados en este informe dan origen a conclusiones en las encuestas CERC y CEP, que parecen coincidir. Los resultados más detallados provienen de la encuesta CEP. Véase CERC, *Informe Encuesta Nacional: septiembre 1988* y el resumen en inglés de la encuesta CEP de Brockbank and Associates, Inc., *Estudio Nacional de Opinión Pública de Chile*, septiembre 1988. Es ilustrativo que la encuesta CEP, disponible poco antes del plebiscito y que indicaba que el No ganaría, fue suprimida por el consejo del CEP. En lugar de reportar los resultados de esa encuesta, de la cual tenía conocimiento el diario *El Mercurio*, reportó los resultados de una encuesta SKOPUS que indicaba al Sí como vencedor por el mismo margen que por el cual en realidad ganaba el No. Véase *El Mercurio*, 5 de octubre de 1988, p. 1.

se oponía “firmemente” y un 14 por ciento se oponía “un poco” a un gobierno marxista. Por otra parte, entre los votantes del No sólo el 29 por ciento se oponía firmemente y un 29 por ciento se oponía “un poco” a un gobierno marxista. Es sorprendente que después de quince años de dictadura militar, Chile permanezca dividido en sus proverbiales “tres tercios”.

Junto con la ideología, también las evaluaciones del estado de la economía y las percepciones del bienestar económico personal desempeñaron papeles importantes en las decisiones de votación. Una mayoría de votantes no aceptaba la incesante propaganda del gobierno dirigida a convencerlos de que Chile había dejado atrás el subdesarrollo de América Latina. En septiembre sólo el 18 por ciento de los votantes señalaba que la economía estaba en buenas condiciones, mientras que el 44 por ciento indicaba que el cuadro de la economía sólo era adecuado y un 37 por ciento sostenía que ésta era mala. Entre los votantes que pretendían votar No, el 89 por ciento pensaba que el cuadro económico era adecuado o malo. Más significativo aún es que otro tanto de los encuestados pensaba que la economía estaría mejor con una victoria del No que con una victoria del Sí.

Los asuntos económicos resultaron ser mucho más importantes para los votantes que el miedo al pasado, un tema constantemente explotado en los spots del Sí. La fanfarria contra la UP se refería a hechos ocurridos muchos años atrás. Esos recuerdos no absorbían terriblemente la atención del porcentaje superior al 40 por ciento de votantes que eran demasiado jóvenes como para haber sufragado alguna vez. Los estudios indicaban que sólo el 7 por ciento de los chilenos encuestados expresaba algún temor importante por las consecuencias de una victoria del No, frente a un 11 por ciento temeroso de un triunfo del Sí. Además, sólo un 18 por ciento pensaba que una victoria del No significaría un retorno a la UP y sólo un 24 por ciento pensaba que un gobierno futuro de la oposición sería similar a la UP. Esas expectativas eran importantes porque sólo un 24 por ciento mantuvo una imagen positiva del gobierno de la UP, mientras que un 48 por ciento tenía una impresión negativa y un 23 por ciento se mostraba indiferente. Es cierto que los votantes del Sí se preocupaban mucho más de los problemas de ley y orden, incluida la delincuencia, el terrorismo y las huelgas que de los problemas económicos, pero estos factores no bastaron para generar apoyo suficiente a Pinochet. Y aunque los votantes del No identificaban los problemas económicos como los principales (44%), también eligieron los derechos humanos, la libertad y la democracia (37%) como asuntos muy predominantes que superaban la preocupación que algunos votantes del Sí sentían hacia la ley y el orden.⁴

⁴ La información anterior está extraída de la encuesta CEP. Véase *Estudio Nacional*.

Como se observó anteriormente, los spots televisivos de la oposición combatían las imágenes negativas asociadas con el No y el período de la UP. Los avisos tranquilizadores contribuyeron a legitimizar la oposición, disipando la visión de que los políticos no podrían enfrentar los problemas del país. Los spots ayudaron a explicar el hecho de que entre junio y septiembre la leve mayoría por el Sí, entre las mujeres y los votantes políticamente independientes, se transformó en una mayoría por el No.

Inmediatamente después de la votación, el sector empresarial aceptó los resultados del plebiscito. Manuel Feliú, presidente de la Confederación Nacional del Comercio y la Producción declaró que "la democracia es el mejor sistema para el desarrollo de la libre empresa". Otros empresarios elogiaron la reacción tranquila del gobierno, la cual, según dijeron, probó que "Pinochet realmente es un demócrata". Aunque desilusionados, los grandes propietarios no se apegaron al pasado, sino más bien se adaptaron a la nueva realidad política y establecieron contacto con los líderes más moderados del No. Un indicio del favorable clima político del país fue el hecho de que el mercado de acciones no cayó ni tampoco se alteró el precio del dólar paralelo, hechos funestos que habían sido pronosticados pocos días antes por el sector empresarial si el No ganaba.

El día después del plebiscito, el Ministro Fernández repitió los argumentos que la noche anterior había presentado sin éxito a los miembros de la Junta. En una alocución a la nación sugirió, en cierto sentido, que Pinochet había ganado. Declaró que era extraordinario que después de quince años en el poder, un líder político obtuviera el 43 por ciento de los votos, lo que superaba cualquier porcentaje obtenido recientemente por la misma derecha. Aunque reconocía que el No había ganado, minimizó la victoria argumentando que debía dividirse el total por dieciséis, el número de partidos en el Comando del No. Fernández insinuó que Pinochet sería un buen candidato para la elección presidencial competitiva programada para 1989.

Es dudoso si el plebiscito se puede interpretar según el punto de vista de Fernández, aunque la votación para Pinochet fue bastante fuerte. La campaña del Sí se emprendió con el poder y los recursos del estado de su lado en una competencia muy desigual. Es improbable que el gobierno pueda recurrir a tal intervención evidente cuando se trata de elegir entre varios candidatos. Además, las encuestas indicaban que a pesar de las sorprendentes incursiones de la campaña del No, un porcentaje decisivo del voto por el Sí estaba motivado por el miedo a un retorno al desorden y la violencia, asociados con el gobierno de la Unidad Popular o el temor de ser identificado como un partidario de la oposición con sus posibles consecuencias de pérdida de empleo o inseguridad personal. Estos factores no serían tan dominantes en una carrera abierta y competitiva entre varios candidatos. En efecto, es concebible que

un candidato de centro pudiera atraer un número importante de votos que apoyaron el Sí, siempre que la oposición pudiera estructurar un recurso electoral con los mismos temas de moderación que caracterizaron su campaña en el plebiscito. De hecho, las primeras encuestas sugerían que el apoyo básico para Pinochet no sería superior a un 20 por ciento.

Es muy poco probable que Pinochet logre satisfacer a sus partidarios más fervientes postulando para la elección de 1989. El dirigente de la UDI, Jaime Guzmán, uno de los principales arquitectos de la constitución, observó que el documento impide que Pinochet busque un segundo período consecutivo. Incluso si renunciara al cargo antes de la elección, los meses intermedios aún se considerarían parte de su período. Es muy dudoso que la Junta acepte modificar la constitución para permitir que Pinochet sea un candidato. Sus colegas militares aceptaron con reticencia su candidatura para el plebiscito, dejando claro al Presidente que él asumiría la responsabilidad del triunfo o la derrota. En las próximas elecciones los partidarios del gobierno tendrán que buscar en otra parte un candidato que mantenga el legado del régimen militar.

DEMOCRACIA CHILENA: PERSPECTIVAS PARA EL FUTURO*

Según la Constitución de 1980, Pinochet permanecerá en el poder hasta el 11 de marzo de 1990, aunque haya perdido en el plebiscito. Al día siguiente de la votación, Pinochet apareció en uniforme completo y pronunció un airado y desafiante discurso en televisión. Señaló su decisión de mantenerse firme en el Ejército como su base más sólida. También dejó claro que intenta llevar por completo a la práctica su Constitución. Al igual que la mayoría de sus colegas militares, incluidos los demás comandantes de las fuerzas armadas, ve ese plan de acción como el legado fundamental del régimen militar. Según el gobierno, es una constitución que permitirá el establecimiento de un régimen democrático moderno y estable, que evite los "vicios" del pasado. Los principios claves de la Constitución incluyen la prohibición de los "partidarios totalitarios" (Artículo VIII), el establecimiento de un consejo de seguridad nacional dominado por las fuerzas armadas, que le proporciona a los militares un amplio papel tutelar sobre las demás instituciones políticas, la creación de un fuerte poder ejecutivo con un congreso relativamente débil, y un proceso de reformas extremadamente engorroso que haría difícil cualquier cambio profundo en el documento.

* *Nota del editor:* El punto desarrollado a continuación se refiere a diversos aspectos de la Constitución de 1980, así como al rechazo por parte de la oposición política. Sin embargo, al entrar en prensa esta edición, el país se pronunció favorablemente respecto de 54 modificaciones al texto constitucional.

Queda claro que la Constitución de 1980 sigue siendo un obstáculo fundamental para la oposición. No es considerada legítima por la mayoría de los dirigentes de oposición y un gran número de su articulado es considerado profundamente antidemocrático. Los dieciséis partidos que apoyaron la campaña del No dejaron claro antes del plebiscito que veían un voto No como un rechazo no sólo a la candidatura de Pinochet, sino también a su régimen. Por consiguiente, han solicitado negociaciones que conducirían a cambios fundamentales en la Constitución antes de las próximas elecciones presidenciales. Esas reformas modificarían parte del texto que son consideradas como decisivas por los militares y sus partidarios más cercanos.

Parece dudoso que la oposición obtenga concesiones fundamentales del gobierno de Pinochet. Muchos oficiales militares creen que las modificaciones solicitadas por la oposición sólo abrirán una vez más la puerta a la elección de un candidato izquierdista para la presidencia y a una destrucción de las instituciones chilenas. También existen consideraciones prácticas. Las elecciones presidenciales han sido programadas por ley para el 14 de diciembre de 1989. Cualquier modificación a la Constitución debe ser acordada por la Junta y sometida a un plebiscito para su ratificación antes de esa fecha. Los líderes de la oposición podrían pensar que presionar para lograr cambios fundamentales puede distraerles de su objetivo de preparar una campaña capaz de ganar las elecciones de 1989.

Con la Junta aún en el poder, la oposición estará negociando desde una posición débil. Aunque el No ganó en el plebiscito, los líderes se encuentran obstaculizados por la debilidad de sus demandas individuales de representatividad y legitimidad. En un estricto esquema legal, el No sólo significó un rechazo a ocho años más para Pinochet; no proporcionó un decreto claro para una alternativa de la Constitución de 1980. Sin elecciones democráticas competitivas, los líderes con poca popularidad pueden demandar tanta autoridad como los líderes con más seguidores. El gobierno ha sido hábil al incapacitar a los políticos. Por cada demanda de los líderes de la oposición multipartidista, el gobierno exige que sus propios voceros tengan similar voz y voto.

Es posible que el gobierno esté dispuesto a negociar algunos cambios. Los dos más probables parecen ser una moderación de las severas reglas para reformar la constitución y una modificación del artículo que exige que un cuarto del senado sea designado y no elegido. Estos cambios podrían ser posibles, porque los partidos de la derecha pueden unirse a la oposición para apoyarlos. Los políticos de derecha desaprueban un senado con un gran número de senadores no elegidos; preferirían una legislación más firme, y están preocupados por el papel tutelar dado a los militares en la constitución. En el futuro, otros requerimientos constitucionales podrían ser atenuados con la puesta en práctica o la interpretación. Por ejemplo, el papel del consejo de seguridad nacional

podría ser atenuado agregando miembros civiles y definiendo estrechamente el alcance de los asuntos de seguridad nacional. Incluso el efecto del Artículo VIII, sumamente restrictivo y que prohíbe la participación marxista, dependerá de la forma en que se haga cumplir.

La pregunta máxima para las fuerzas del Sí y del No es si acaso podrán mantener su unidad para las próximas elecciones. Debido a su derrota, la derecha parece estar más dividida en las semanas posteriores al plebiscito que la oposición. Los líderes se han lanzado unos contra otros tratando de culparse por la derrota de la opción Sí. Renovación Nacional ha dejado claro que pretende distanciarse del gobierno y no permitir que el palacio presidencial dictamine el curso de la campaña. Es probable que la UDI y otros partidos de derecha que están más ligados al régimen, busquen obtener más partidarios permaneciendo cerca de las autoridades. Aunque es probable que la derecha logre un candidato de consenso que esté firmemente apoyado por el gobierno, su elección podría originar otros conflictos y divisiones y hacer que resulte difícil para la derecha planificar una estrategia y un programa consistentes.

Los líderes de la oposición comprendieron que para ganar el plebiscito tuvieron que dejar de lado profundas diferencias ideológicas, de grupo y personales. Podrían ser capaces de mantener esa solidaridad con el objeto de lograr el poder político necesario para iniciar transformaciones más profundas en el orden institucional, pero su tarea no será fácil. Las apuestas ahora son aún más altas que antes del plebiscito. El desafío ya no es unificarse para impedir la reelección de un líder autoritario, sino unirse para definir el futuro del país. Las profundas divisiones de la política chilena que derrocaron la democracia a principios de la década del setenta, y permitieron que Pinochet se mantuviera en el poder por dieciséis años constituyen serios obstáculos. La formación de un nuevo partido de coalición de izquierda, el Partido Amplio de la Izquierda Socialista (PAIS), que incluye a los socialistas de la campaña del No y del Partido Comunista, claramente complica los intentos de unidad empujando una vez más a los democratacristianos hacia la derecha. Aunque es probable que la oposición se vuelva hacia los democratacristianos en busca de un representante reconocido, esa elección, además, ha sido complicada por las serias divisiones al interior del partido en el aspecto ideológico, personal y generacional. Mientras los democratacristianos no sean capaces de lograr un candidato, los serios esfuerzos por estructurar un programa de transición y de coalición para la "gobernabilidad" tendrán que esperar.

En este escenario el Partido Comunista enfrenta difíciles decisiones. En un principio los miembros del partido se habían negado a apoyar la inscripción de los votantes y luego se negaron a hacer un llamado a votar No. En ambos casos se retractaron cuando vieron que muchos de sus propios partidarios estaban de acuer-

do con tratar de derrotar al régimen bajos sus propias reglas. Sin embargo, aun cuando los comunistas apoyaron la opción No a último minuto, siguieron convencidos de que el Sí ganaría, mediante el fraude o alguna clase de estratagema interna.

El hecho de que ninguna de las dos cosas haya sucedido, reforzó los argumentos de la oposición democrática de que el camino electoral era la mejor forma de buscar cambios políticos en Chile.

Los comunistas contribuyeron a la victoria del No acudiendo a los votantes y aceptando mantener sus propios partidarios en sus casas la noche de la elección. Después del plebiscito, trataron de recuperar las fuerzas perdidas ayudando a forjar el PAIS como respuesta a Ricardo Lagos y al PPD. No obstante, incluso en el PAIS, tendrán que desempeñar un papel secundario y esperar las elecciones libres y abiertas y un retorno a las prácticas completamente democráticas para tener voz activa en la política. Los militares se mostrarán muy reacios a cambiar el Artículo VIII de la constitución y no permitirán candidatos comunistas. Los comunistas desean una negociación con los otros grupos de oposición para obtener esos cambios después que la política democrática haya regresado. Esta posición puede ser rechazada por la izquierda del partido y por la facción armada Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Los comunistas de extrema izquierda temen que los políticos moderados sólo traicionen a la gente acordando actuar dentro de los márgenes de la legalidad de Pinochet. Los elementos insurgentes, en algunos casos, ayudados y apoyados por las fuerzas de seguridad del gobierno, pueden tratar de provocar violencia y desestabilizar el proceso político. Sin embargo, es probable que estas posiciones reciban mucho menos apoyo dentro del PC del que tuvieron en el pasado. Posiblemente, Chile tienda a las elecciones y a una transición democrática, porque la mayoría de los chilenos han optado por ese camino.

Para Pinochet las opciones son mucho menos prometedoras que antes del plebiscito. Ya siente que el poder se le está escurriendo según la lógica del mandatario que no ha sido reelegido y que está por terminar su período. Dentro de su institución, los miembros del ejército formados profesionalmente bien pueden tratar de distanciarse de su comandante. Es muy probable que Pinochet intente mantener su posición como Comandante en Jefe del Ejército, lo que puede hacer por otros cuatro a ocho años. Sin embargo, posiblemente se sentirá obligado a rebajarse en favor de nuevos líderes, a menos que esté preparado para conservar un papel en extremo ceremonial.

Para las fuerzas armadas, el proceso de transición es complicado. El régimen ha definido la transición en un documento constitucional que ha jurado defender. Las Fuerzas Armadas de Chile han evolucionado con respecto a la tradición de los líderes militares del pasado, quienes consideraban su papel claramente subordinado a la autoridad civil democrática. Muchos oficiales del Ejér-

cito creen firmemente que los militares deben mantener una función tutelar sobre los líderes chilenos a quienes miran con desprecio. Los políticos tendrán que ser cautelosos al estructurar reformas y al tratar de dialogar con las Fuerzas Armadas a fin de vencer el enorme abismo que existe entre el mundo civil y el militar.

Al mismo tiempo, la oposición deberá mostrarse cautelosa al tratar el problema de los derechos humanos. Este tema parece destinado a transformarse en un punto importante en el programa del nuevo gobierno civil. Aunque los líderes elegidos podrían tratar de responder a la demanda de justicia, también deberán elaborar una política dirigida a asegurar a las Fuerzas Armadas que las instituciones mismas no se encuentran en peligro. Un acuerdo de las relaciones civil-militares sigue siendo un elemento vital en el proceso de la redemocratización chilena.

Para el futuro de la democracia chilena, el plebiscito sólo representa un primer paso, no obstante, un enorme paso. Deja abiertos tantos escenarios mínimos como máximos. Un resultado minoritario que originaría una "democradura" virtualmente mantendría todas las características de la Constitución de 1980. El plebiscito significaría un poco más que el término de la presidencia de Pinochet, que retendría un poder considerable entre bastidores como comandante del Ejército y miembro del Consejo de Seguridad Nacional. Los comandantes de las Fuerzas Armadas conservarían un derecho a veto sobre las políticas y medidas de los representantes elegidos constitucionalmente por el pueblo en el cuerpo legislativo y la presidencia y recurrirían a esos derechos cuando creyeran que la "seguridad nacional" estuviera amenazada. Aunque en diciembre de 1989 se eligiera un presidente civil con fuertes poderes frente a un cuerpo legislativo muy débil, la máxima autoridad residiría en una institución militar notablemente autónoma. La participación de los partidos de oposición legitimizaría el sistema y los partidos marxistas, que representan por lo menos el 25 por ciento de la población, permanecerían proscritos de la vida política. En este escenario, prácticamente no se lograría ningún progreso en términos de derechos humanos y justicia social. Si bien el alcance de las libertades y actividades democráticas podría extenderse con los años, una democratización más amplia seguiría siendo gradual y tentativa. Una función constante de las Fuerzas Ar-

³ Como lo han observado Philippe Schmitter y Laurence Whitehead, las transiciones desde el autoritarismo pueden detenerse al no existir la democracia libre. Ellos identifican cuatro tipos de regímenes: *dictadura* o autocracia, *dictablanda* o autocracia liberalizada, *democradura* o democracia limitada y *democracia* o democracia plena. El plebiscito marca el desplazamiento de Chile desde el primer tipo al segundo tipo de régimen, aunque sigue siendo posible cierta regresión. Si suponemos el progreso constante, el futuro predecible podría conducir al tercer o al cuarto tipo o bien, a una variante entre los dos. El trabajo de O'Donnell, Schmitter y Whitehead se encuentra en *Transitions from Authoritarian Rule*, 4 vols. (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1986).

mas podría arriesgar la politización abierta de la institución, una politización que no se ha llevado a cabo bajo el gobierno militar debido a la insistencia de Pinochet y la Junta en una clara separación entre las funciones militares y gubernamentales del personal de las Fuerzas Armadas. Un resultado minimalista parece más posible si los partidos representados en el Comando del No no logran unirse para ganar la presidencia ni una mayoría importante de ellos logra ser elegida en el Congreso en 1989.

Con un resultado maximalista, el plebiscito habría originado un impulso hacia una democracia libre de trabas. Ya sea que hayan votado Sí o No, la mayoría de los chilenos expresaron su preferencia para resolver sus controversias a través del veredicto pacífico de las urnas. A pesar de quince años de severas políticas autoritarias, han mantenido la lealtad hacia sus partidos y su cultura política democrática. La lógica del mercado político debe afianzarse a medida que la atención nacional se dirige hacia las elecciones competitivas del Congreso y del Presidente. Si los partidos representados en el Comando del No logran estructurar un programa de transición conjunto encabezado por un candidato presidencial en común, estarían en una buena posición para obtener el mandato que necesitan para volver a las instituciones genuinamente democráticas. Sólo con un apoyo mayoritario importante los líderes políticos lograrán crear funciones subalternas para las Fuerzas Armadas y una salida para el General Pinochet, al mismo tiempo que podrán calmar la ira de los extremistas de izquierda y de derecha. Sólo con un voto mayoritario podrán afrontar los resentimientos de los millones de chilenos que esperan que su voto por el No en el plebiscito alivie su serio predicamento económico. Incluso si obtienen un amplio apoyo para sus políticas, los líderes chilenos tendrán que ser cautelosos al responder a las demandas reprimidas del país. El cuadro macroeconómico relativamente favorable de Chile debería hacer esa tarea en un poco más fácil.

La derrota de Pinochet en Chile causó un profundo impacto en las fuerzas democráticas frágiles y en pugna del resto del continente. El hecho de que el pueblo chileno haya rechazado un gobierno que ha recibido el elogio internacional por su política económica, indica que incluso los régimenes militares "eficientes" son incapaces de afrontar los problemas fundamentales de una comunidad política, y hace meditar a aquellos que piensan que las soluciones autoritarias son más eficaces que las democráticas para enfrentar los serios problemas de la región. Durante unos pocos años más, la comunidad internacional continuará observando para ver si Chile puede traducir el repudio de la dictadura en una redemocratización duradera.